

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

JUEVES 27 DE DICIEMBRE

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

América en Ginebra

POR segunda vez ha presidido un americano la solemne Asamblea de las Naciones. Primero, Chile, singular elección contra la cual protestaron dos pueblos mutilados, el Perú y Bolivia; después un eminente cubano, delegado de la isla pródiga.

Victoria del Nuevo Mundo, escriben comentadores apasionados, triunfo de las Repúblicas más liberales de la tierra. Decadencia de la Sociedad, de la absurda creación wilsoniana, apuntan los defensores del viejo orden político europeo. Confiando a países sin historia el honor de presidirla, La Liga se trasmuta en institución decorativa y estéril.

Se equivocan los críticos al juzgar así la insistente designación de presidentes ultramarinos. Ya, en la Haya, en la segunda Conferencia de la Paz, reveló el nuevo continente ibérico a Europa inclinada al escepticismo y a la ironía, que podían representarla ilustres juristas, que sus oradores maridaban la precisión y la abundancia, el fervor tribunicio y la sutileza. Sorprendidos, observaron los orgullosos embajadores que Pérez Triana hablaba mejor que ellos las lenguas principales del mundo culto, que Ruy Barbosa podía discutir de *omni re scibili*; que Drago resolvía los más graves problemas jurídicos.

En Ginebra se afirma esa impresión, crece el prestigio del continente joven. Recuerdo sesiones importantes en las cuales de la colaboración discreta y lúcida de los americanos derivaron nueva fuerza proposiciones discutidas con empeño. El delegado del Brasil, doctor Raúl Fernández, dirigía, en el seno de una de las comisiones, los debates sobre la organización de la Corte de Justicia Internacional. Nadie le superaba en erudición, previsión y dialéctica. En una ocasión, escuchando al doctor Juan Carlos Blanco, delegado uruguayo, exclamó Lord Balfour: «estos americanos del Sur que se nos antojan gentes del trópico son más impasibles que nosotros». En efecto, en la palabra fría y clara, en la actitud

conciliadora y firme de aquel Ministro nadie podía descubrir tumulto y exuberancia. Otra vez, en plena Asamblea, el presidente M. Hymans confesó que era hábil parlamentario quien discutía con él sobre las atribuciones de la Liga, un delegado colombiano.

Así, colaborando o decidiendo, presidiendo con elegancia y con fe, se distinguen los representantes de un mundo remoto. Cuando se discuten liberales reformas, cuando se abren las puertas del Congreso a nuevos Estados, si los intereses o los prejuicios de un grupo de naciones se definen con violencia, si resuenan generosas palabras, humanidad, justicia, paz: las delegaciones americanas intervienen

con ímpetu mozo. Nada suscitó más simpáticos comentarios que la defensa de pueblos bálticos no admitidos todavía, por el delegado colombiano señor Restrepo. Era nuevamente la amistad del pino del Norte por la palmera del Mediodía que cantó Heine.

Inglaterra se se presenta en Ginebra rodeada de colonias y de clientes y gravita su opinión sobre las decisiones del Congreso. América constituye un bloque moral si se conciertan sus representantes, si renuncian a rivalidades menores. Agrupación extraña a las pasiones de Europa, con ideales de justicia pura y una especie de difuso wilsonismo que viene a levantar esperanzas en un mundo triste y a templar las rudezas de la política occidental.

F. GARCÍA CALDERÓN

(El Mundo, México, D. F.)

La República de ninguna parte

EN el siglo en que Cristóbal Colón descubrió la América, un escritor inglés dio a luz un libro ingenioso y paradójico, cuyo título pertenece hoy al vocabulario político de todos los pueblos. Tomás Moro imaginó un país de nombre *Utopia*, situado en el lugar donde fué la antigua Atlántida. Allí la vida pasaba dichosa y peregrina. La base de la sociedad era la familia primitiva, compuesta de filarcos y protofilarcos. ¿Que enfermaba uno gravemente? Pues al punto el filarco lo exhortaba a beber una poción que lo enviaba a la tumba.

Una vez delineada sensiblemente, ante sus ojos, la idea de su libro, Tomás Moro empezó a observarla minuciosamente por todos sus aspectos y actitudes para la prosperidad y la cultura del mundo, y sobre aquella telaraña de ensueño expuso, con la gracia y finura de un gentilhomme de la Corte de Enrique VIII, doctrinas fantásticas, ideológicas, que en lo futuro pudieran aplicarse a los Estados. Tras análisis, al parecer, muy completos y sólidos, y lógicas consecuen-

cias, sin duda exactas, Moro concluyó su libro, con no poca sorpresa del lector, con estas significativas palabras: «Muchas cosas hay en esta *República de Ninguna Parte* que deseo, mas no espero, ver realizadas».

* *

De la pluma de un pensador inglés, autor de tal libro, no podía esperarse, sin embargo, pasada la sorpresa, una conclusión tan sabia. El favorito de Enrique VIII, quizá sin advertirlo, escribió un libro que viene a ser a los ingleses lo que el Quijote es a nuestra raza española. El pueblo de los *utópicos* no pasó de una idealidad, de una lucubración inocente que, por lo demás, y no obstante su etérea forma, sirvió para edificar un estupendo castillo en el aire. Una vez desarrollado su plan, pormenorizado el conjunto y deducidos los corolarios de su teoría, Tomás Moro, como buen inglés, no sintió tentación de hacer perdurar aquella fábrica, ni menos pensó en que pudiera transformarse en realidad y oriente de las aspiraciones de los hombres de su